

Smog y trópico

Con licencia del oximoron, *smog* es un viejo neologismo acuñado en el siglo XIX por los ingleses para identificar esa oscura y tóxica mezcla de humo y niebla que abrumaba al Londres de los tiempos de Jack el Destripador. Aunque su presencia en zonas tropicales no es imposible, hasta donde llegan nuestras informaciones nunca se ha presentado en ciudades venezolanas. Sin embargo, hace unos días, subiendo hacia la Cota Mil por La Castellana, nos vimos envueltos en una nube oscura tan densa que empezamos a temer que en alguna esquina pudiéramos tropezar con el mismísimo Sherlock Holmes. Topamos en cambio con una patrulla de la benemérita Policía Metropolitana, tripulada por unos mofletudos policías de aspecto tan satisfecho como si estuvieran repartiendo caramelos entre los niños, desentendidos del estropicio que causaban.

La anécdota viene al caso porque ilustra en qué, en manos irresponsables, ha terminado una institución como la Alcaldía Metropolitana, pensada para darle orden y dirección a la Caracas del siglo XXI, a la deriva desde que hace ya casi veinte años otros irresponsables liquidaron la Oficina Metropolitana de Planeamiento Urbano sin ofrecer alternativas.

Pero en los últimos cuatro años esa institución ha alcanzado grados de envilecimiento que ni en los peores escenarios podían imaginarse al punto que ha terminado desprendiéndose de la policía y los hospitales, entregados al gobierno central, y proponiéndose ahora renunciar al manejo de uno de los íconos de la ciudad: el Parque de los Caobos. Antes de eso, un ejemplo entre muchos, había dilapidado millones en unos globos aerostáticos para “vigilar” la ciudad pero que a las primeras de cambio se vinieron a tierra y más nunca volaron; en vez de una gestión, un desbarajuste del cual el Cabildo Metropolitano, sordo y mudo, ha sido el cómplice necesario del Alcalde.

Semejante desvergüenza por parte de quien gusta autodenominarse “Alcalde Mayor” tiene una explicación nada misteriosa: la bochornosa sumisión a los dictados de un autócrata empeñado en concentrar todo el poder en sus propias manos, para lo cual le urge arrasar con la autonomía de las ciudades. Afortunadamente en dos meses se abre la oportunidad de frenar el retorno a la *ciudadcarbón* del siglo XIX y emprender el camino hacia la ciudad justa y sustentable del siglo XXI.